

en los consejos de los ministros, y de ruidosos escándalos y alarmantes perturbaciones en las calles. Bismark se parece á los Emperadores de Bizancio influyendo sobre los concilios para la declaracion de un dogma, ó á los califas de Córdoba regulando las relaciones entre sus vasallos cristianos y su clero.

Se debe sentir mucho orgullo, al penetrar, como un Dios, en el seno cuasi divino de la conciencia humana, con la espada de la autoridad en las manos; pero ¡ay! que nunca se desconoce impunemente la naturaleza de nuestro sér, ni impunemente se atenta á la santidad del derecho.

CAPITULO XXIX.

DE LAS ESCUELAS RELIGIOSAS EN ALEMANIA.

Si las escuelas filosóficas, definiendo y depurando la idea del derecho, han contribuido al movimiento político y al movimiento republicano en Alemania, cuánto no habrán contribuido, en qué alto y superior grado, las escuelas religiosas. Efecto de nuestra imperfecta organizacion política y social, quédase el pensamiento científico en las regiones superiores de la sociedad, en las escuelas, en las almas privilegiadas que han adquirido alguna cultura intelectual; en tanto que la religion, la idea religiosa, cómo abraza la vida y la muerte, cómo lleva en sí el consuelo á innumerables dolores y el aliento á innumerables esperanzas, cómo ilumina desde los cielos del arte hasta la piedra del hogar, y desde la piedra del hogar hasta la piedra del sepulcro, enciende y anima á un tiempo el corazon y la cabeza, la voluntad y la inteligencia, el tiempo y la eternidad.

Se han concluido las guerras religiosas. No se batalla en el género humano por la presencia real, por la cena, por el libre arbitrio,

por la gracia, por la divinidad ó la humanidad de Cristo. Pero las controversias religiosas ni se concluyen, ni se concluirán nunca, mientras haya en el mundo quien doble las rodillas ante las aras sagradas, y para explicarse lo existente y lo posible, entregue su alma al templo santo, que flota como el arca de Noé, entre un diluvio de lágrimas. En toda cuestion política se encierra hoy, como ayer, una cuestion religiosa. La extrema derecha de la Asamblea de Versalles, no pugna tanto por someter la nacion á la autoridad del rey tradicional, como por someter la inteligencia al yugo de la fé histórica; y la extrema izquierda no pugna tanto por la República y la democracia, como por la independenciam del pensamiento y el reinado de la razon. El ministerio liberal ha caído en la Gran Bretaña. Y su caída se debe, más que á ninguna otra cosa, á las cuestiones relacionadas con la Iglesia y con la enseñanza, á las cuestiones religiosas. Italia ha vencido al Austria, que le vedaba su integridad, y á la Francia que le

retenia su capital; ha tomado el sacro imperio y el cuadrilátero; vencida por la fuerza ha triunfado por la política; y no puede tomar el Vaticano, ni mover al Papa, desarmado, viejo, preso, porque ahí existe una inmensa cuestión religiosa. Nuestras verdes montañas del Norte chorrean sangre; el estampido del cañón y el bramar de las costas cantábricas, se unen con los salvajes gritos de guerra en los espacios de un cielo implacable, airado; y el incendio, y la mantanza y la depredación, y las ruinas se explican, porque pelean allí nuestra antigua intolerancia con nuestra nueva libertad religiosa. Cada vez que la cuestión de Oriente se suscita, surgen de ella, como en tiempo de las Cruzadas, Jerusalén, la capital del mundo cristiano, Constantinopla, la capital del mundo griego; cuestiones de disciplina, de dogma, de ortodoxia. El cretense oprime al turco opresor su derecho y su Dios; el polaco de Varsovia al ruso de Moscov su independencia y su dogma; el hijo de Bohemia remueve los huesos de Juan Hus y Gerónimo de Praga, para recordar á los Emperadores de Austria que ha jurado vengarlos. En la pequeña Suiza, el Sunderbun fué un asunto religioso; y en la pequeña Bélgica pelean por el poder liberales y católicos. Bismark, que no ha temblado ante los aguerridos ejércitos de Francia, tiembla ante los clérigos del Papa. De suerte que en toda cuestión política late hoy sobre este viejo continente una altísima cuestión religiosa, algo que se relaciona con la fé, que vive del dogma.

Quizá ellos mismos lo ignoraban; pero al remover los problemas religiosos, al interpretar la Biblia, al poner frente á frente del comentario de la Iglesia el comentario de la razón, al examinar si el libro de Job era hebreo ó árabe, si el libro de Judith anterior ó posterior al cristianismo, en todas estas cuestiones que tan de lejos interesan á los problemas planteados en nuestro tiempo, los teólogos alemanes encerraban torrentes de electri-

cidad revolucionaria, que debían relampaguear, tronar, caer sobre la cabeza de una generación, la cual, abandonando los viejos altares, á cuyo pié había nacido y criádose, abandonaba con igual ímpetu y violencia, sin darse de ello pura cuenta, los viejos reyes y los carcomidos tronos.

El siglo décimo-octavo, es uno de los siglos mayores de la historia humana. Hay indudablemente en el desarrollo de la vida de nuestra especie, épocas decisivas, de una influencia más inmanente que otras épocas, en que el género humano parece haber descansado de sus antiguos trabajos y fatigas. En la historia moderna son para mí siglos de importancia excepcional, máxima, el siglo primero, el siglo cuarto, el siglo décimotercio, el espacio que comprenden la segunda mitad del siglo décimo-quinto, y la primera mitad del siglo décimo-sexto; y sobre todos quizá, y más importante que todos acaso, el siglo revolucionario por excelencia, el siglo decimo-octavo.

En el siglo primero, el cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre que había forjado Atenas, la idea de la humanidad que había forjado Roma, la idea de Dios que había forjado Jerusalén, la idea del Verbo que había forjado Alejandría, todas estas ideas se unen por los apóstoles y por los mártires en la conciencia, por los filósofos en la razón, por el estoicismo y los Emperadores estoicos que cierran como gigantescas estatuas estos grandes tiempos en el derecho romano, con cuyos principios se compondrá una nueva sociedad, para que caiga sobre ella la vida de un nuevo espíritu.

Y en el siglo cuarto la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen con las primeras invasiones de los Bárbaros; la Roma pagana es desposeída de su prestigio secular y fundada la Constantinopla de los cristianos que vá á continuar la obra de Jerusalén y Alejandría; el federalismo de las nacionalidades

nacientes se oponen á la despótica autoridad de los Césares históricos; los dioses, á quienes Juliano diera un filtro mágico, pero inútil, caen yertos á los piés de oscuro trabajador nacido en los establos de la plebe y muerto en el patíbulo de los siervos, para ser elevado á Dios de las futuras democracias; el Concilio de Nicea, que comprende todos los peligros encerrados en la prematura heregía de Arrio, promulga el símbolo de la fé cristiana, y proclama la divinidad de Cristo para que recoja la dirección del mundo, que se escapa á las desarmadas manos de Júpiter y eduque á las razas que avanzan rapaces y hambrientas; los Obispos, perseguidos por Diocleciano, vuelven, merced á los rescriptos de Constantino, con las señales del martirio en sus cuerpos quebrantados, á sustituir la rota unidad material con la eterna unidad humana; se funda el trabajo moderno, que crea y produce enfrente de la guerra, que destruye y aniquila, y se funda el trabajo merced á la orden de San Benito, orden de agricultores y de sábios, la cual guarda las cenizas de la antigüedad en sus bibliotecas y abre la madre fecunda tierra con sus arados; y mientras los cielos se oscurecen y los campos se anegan en sangre, y la tea del bárbaro y su hierro por do quier brillan siniestramente en aquella ocasión terrible, en que Amiano, enviado de Valente, no pudo contar los godos que pasaban del otro lado del Danubio al Imperio; San Agustín, después de haber salvado la libertad humana contra los maniqueos y la Providencia divina contra los pelagianos; eleva en los aires la Ciudad de Dios, como una promesa de paz y de progreso, como un refugio á la perdida esperanza.

El siglo décimo es un siglo horroroso. La idea de la próxima destrucción del mundo ha sobrecogido á Europa y la ha postrado en la penitencia. La tierra se estremece y bambolea como nave combatida por la tormenta. Los espacios se tiñen de reflejos sangrientos porque viene sobre ellos el Juez airado de vivos y muertos, á cuyo aliento se rollarán los cie-

los como un pergamino, y se disiparan los mundos como pavesas. El universo entero es el nido de la muerte. El trabajo se suspende. Los hombres solo buscan un sudario. Llamán á las puertas de los claustros los reyes y los emperadores ansiosos de cambiar las coronas por cogullas. El azadon se cae de las manos de los trabajadores. Una peste horrible quema la sangre, y convierte los cuerpos en llagas pustulentas. El hambre es tan grande que para alimentarse los vivos desentierran á los muertos. El demonio se sustituye á Dios, se agarra á las orejas de los reyes, sube al trono del espíritu junto á los papas. En los cielos solo resuena el cántico anunciando la ira divina; en la tierra el cántico pidiendo piedad y misericordia. Aquel oscuro mundo tiene tal idea del tiempo, que se le imagina mucho el período de mil años, y siente que al cumplirse resuena en los aires la estridente trompeta del ángel llamando á juicio los vivos y los muertos. Pero no sonó, y el feudalismo teocrático fué vencido. Y el histórico miedo de la humanidad fué disipado. Y el hombre comenzó á sentir toda la vida derramada en la naturaleza y á hermanar su alma con la esperanza. Y la parálitica Europa cobró movimiento, se incorporó sobre las piedras de su claustro, dejó tras sí el sudario, y se fué á Oriente, á la tierra de los milagros, en busca del sepulcro de la tradición para encontrar la cuna de la libertad, y traer la primera aparición de la democracia en la moderna historia.

El siglo décimo-tercio es el siglo en que se escribe el testamento del Catolicismo. Las catedrales góticas son su testamento en arquitectura; los cuadros de Cimabue su testamento en pintura; la Divina Comedia del Dante su testamento en poesía; la Suma Teológica de Santo Tomás su testamento en ciencia; las Siete Partidas, que reúnen la jurisprudencia romana con la jurisprudencia eclesiástica de la misma suerte que los doctores reunían los Padres de la Iglesia con Aristóteles, su testa-

mento en derecho; y los dos grandes papas, Inocencio III y Gregorio X, dejan escrito con esfuerzos increíbles su testamento en política. El siglo décimo-tercio es á un tiempo la Biblia y el Evangelio universal del Catolicismo. Se reconstituye, se resume, se sintetiza porque ha llegado al término de su ideal. Desde aquel día crítico todos los esfuerzos que la humanidad emplee para caminar hácia adelante saldrán de ese ideal. Y por eso el esfuerzo del Catolicismo es volver al siglo décimo-tercio: volver al gótico, dicen sus arquitectos; volver al misticismo artístico, dicen los pintores pre-rafaelianos; volver á la poesía dantesca, dicen los poetas; volver á la Suma, dicen los filósofos; volver á las Partidas, dicen los juriconsultos; volver á la política de Inocencio III, dicen los más exaltados católicos.

Mas no será posible: que está ahí el siglo del Renacimiento, la segunda mitad del siglo décimo-quinto, la primera mitad del siglo décimo-sexto. La naturaleza tomó una fecundidad increíble. Nacian los grandes hombres como no habian nacido antes, como no nacieron despues, de tan alta calidad ni en tanto número. El soplo del espíritu divino habia pasado por la faz del humano espíritu. El alma de la Europa moderna se debe á este día creador. Dios manda en legiones sus reveladores á la tierra. Guttemberg asegura la perennidad al libro, la rapidez de la luz á las ideas, la propagacion de las especies en la naturaleza á los hijos del génio en el espíritu, con toscó alfabeto de plomo y sencilla máquina de presión; Erasmo se rie con risa inmortal de las locuras místicas y monásticas de la espirante Edad Media; Hutten convierte su pluma en espada maravillosa que derriba los mónstruos, los endriagos, las obsesiones todas con que la supersticion tenia como enfermo el entendimiento; Lutero reivindica la autonomía de la conciencia humana; Ramus y Vives entierran la escolástica, el falso aristotelismo teológico, y llaman el pensamiento

á la comunicacion estrecha con la naturaleza y al estudio profundo de sí mismo; Paracelso encuentra la verdadera piedra filosofal, el principio de las ciencias químicas; Vesala revela los secretos del organismo en la anatomía; Porta reconoce las propiedades de los espejos cóncavos y de los espejos convexos en los fenómenos de la vision y prepara el telescopio; Gilberto descubre las virtudes de los cuerpos imantados; Cardan las leyes de las ecuaciones de segundo, tercero, cuarto grado, y la doble naturaleza de sus incógnitas; Pallissy, el mago alfarero, los comienzos de la Geología, los tesoros de los fósiles; Servet la circulacion pulmonar de nuestra sangre; Copérnico la moderna astronomía que imprime nuevo movimiento á este planeta antes inmóvil, y hace visible, palpable, experimental, lo eterno, lo infinito; Marsilio Ficino despierta en los jardines de Florencia el alma de Grecia, evocándola con el habla divina de Platon; Brunelleschi corona las catedrales cristianas con los templos romanos elevados á las alturas en las maravillosas y atrevidas rotondas; Leon X resucita del polvo los fragmentos de la antigüedad y los corona y los exalta en apoteosis católicas; Leonardo de Vinci encuentra las formas perfectas; y Cellini anima con ellas los mármoles, los bronces, el oro, la plata; y Rafael, Fidias de los pinceles, pinta la hermosura serena griega en sus ángeles y en sus virgenes; y Miguel Angel raya con lo sublime en sus coros de Alcides, Profetas, Sibylas; y Ticiano sumerge la forma humana santificada y redimida en mares de luz, en cielos de innumerables colores; y Ariosto reemplaza las sombrías visiones del Dante con alegres y rientes visiones; y Camoens canta la Iliada de la navegacion, del trabajo; y Shakspeare describe hasta el fondo de la naturaleza humana; y Cervantes pega la risa de Erasmo contra la Edad Media, que no habia pasado de los labios de la aristocracia inteligente á todas las clases, á todos los pueblos, á todas las muchedumbres; y mien-

tras el cielo se ilumina, y el espíritu se regenera, y el cuerpo humano se reincorpora y hermosa, Vasco de Gama encuentra el extremo Oriente, la tierra olvidada donde nace el sol, el teatro de lo pasado; Colon encuentra el extremo Occidente, la tierra desconocida donde el sol se pone, el teatro de lo porvenir; y Magallanes atraviesa el extremo meridional de América, entra vencedor en el Pacífico, y enseña el camino á Sebastian del Cano para dar por vez primera la vuelta al planeta, de suerte que cielos, soles, mundos, la naturaleza y la conciencia se revelan en todo su esplendor, toman desconocidos matices, como para celebrar con una divina embriaguez de ideas y de vida el nacimiento de la libertad.

¿El siglo décimo-sexto crea la libertad de la conciencia? Pues el siglo décimo-octavo crea la libertad de razon. En este sentido es ménos poético, pero más grande que el siglo décimo-sexto. Y por su carácter, por sus tendencias, por su ideal, comienza en el siglo décimo-octavo alemán el gran movimiento religioso que ha de tener en política tanto y tan grande influjo como el movimiento filosófico, pero con una diferencia esencialísima, á saber: que mientras el movimiento filosófico queda aislado en las escuelas, y solo por derivaciones sucesivas, llega hasta la política; el movimiento religioso, anima, enciende, agita el corazón de las muchedumbres. Es el siglo décimo-octavo un siglo de razon y de sentido práctico; un siglo que dispersa los jesuitas y que congrega los filósofos; el siglo en que las Asambleas y las Convenciones suceden á los Concilios; el siglo en que los derechos del hombre se proclaman á una en América por el órgano de los Estados-Unidos, y en Europa por el órgano de Francia.

Pero como el siglo décimo-octavo es un siglo revolucionario, tiene por necesidad toda la pasion y toda la injusticia de las revoluciones. Y su crítica muy revolucionaria, poco histórica en verdad, porque el siglo décimo-octavo ignora todo lo que no sea su aspira-

cion de emancipar la inteligencia, y con ella al hombre todo, su crítica se esgrime principalmente en las religiones. Para una gran parte de sus pensadores todas son imposturas, y mas que todas aquella más cercana, y más inmediatamente opresora de su razon, la fundada por Cristo. Es un siglo que desconoce la lógica, la dialéctica del desarrollo de la idea y de su série. Abomina por lo mismo de la revelacion. No comprende que jamás la conciencia se hubiera declarado independiente en el espíritu, y tras la conciencia la razon, si antes el espíritu no se hubiera reconocido y declarado independiente á sí mismo. Y para esto fué necesario romper la armonía entre el hombre y la naturaleza que brillaba en los antiguos griegos y en sus maravillosas estatuas; combatir no ya el sensualismo sino hásta la materia, hasta el vívido Universo; crear por el dolor, por la penitencia, por la maceracion, en combate terrible con los sentidos, el alma humana en sí, por sí, desceñida, separada del mundo, como un sér, total, independiente, infinito. Los filósofos del pasado siglo no vieron en el cristianismo sino la opresion presente, y se rebelaron contra el cristianismo, poseidos de una verdadera furia revolucionaria, que el siglo décimo-nono, el siglo por excelencia humano, el siglo sereno, imparcial, el siglo que ha creado verdaderamente la historia y que ha hecho justicia á todas las manifestaciones del humano espíritu, no puede comprender. Pero estas pasiones exclusivas de cada tiempo han servido á la educacion entera del género humano, y al desarrollo progresivo de su luminoso ideal; porque si sus exageraciones han dominado por mayor ó menor espacio, tambien han destruido errores, concluyendo al cabo la sociedad por volver á su serena imparcialidad, y distribuir en sus debidas proporciones por todo su organismo la sangre de las ideas y entrar en su indispensable equilibrio.

El siglo décimo-octavo fué pues siglo de exaltadas ideas y de ruidosas contradicciones